

El superávit en el capitalismo monopolista y la renta imperialista

Samir Amin

[Nota del editor: Desde la década de 1950, Samir Amin ha elaborado una crítica sistemática del sistema capitalista desde la aparición de su obra *capital*, *La acumulación de capital en la escala mundial* (1957), y hasta sus importantes trabajos de los últimos años como, por ejemplo, *La ley del valor mundial* (2010). En este artículo nos ofrece una explicación de la importancia de la obra de Baran y Sweezy *El capital monopolista* para su propia crítica, y relaciona la noción de «superávit» (que él entiende como toda la renta/gasto residual en el sistema de contabilidad nacional destinada a beneficios y salarios) con la renta imperial. A fin de contribuir a la comprensión de su análisis, hemos insertado dos notas a pie que desarrollan los dos ejemplos numéricos que el autor aporta.]

Paul Baran y Paul Sweezy se atrevieron a continuar la obra iniciada por Marx, y tuvieron éxito en su tarea. A partir de la observación de que la tendencia inherente del capitalismo era permitir incrementos del valor del trabajo (salarios) solo a ritmo menor que la tasa de aumento de la productividad del trabajo social, dedujeron que el desequilibrio que esa distorsión causaba acabaría provocando estancamiento, en ausencia de una organización sistemática de formas de absorber el exceso de ganancias derivado de dicha tendencia.

Esa observación fue el punto de partida para su definición del nuevo concepto de «superávit». A continuación, Baran emprendió la ampliación del análisis de la acumulación de capital efectuado en el volumen II de *El capital*, que allí se restringía a los dos Departamentos de Producción que eran, respectivamente, los medios de producción y el consumo de bienes, con la introducción de un Departamento III caracterizado por la absorción de superávit.

Siempre he pensado que ese audaz paso suponía una contribución crucial a la utilización creativa del pensamiento de Marx. Baran y Sweezy se atrevieron a «partir de Marx» y se negaron a detenerse, como muchos otros marxistas, en la exégesis de sus escritos.

Por mi parte, después de haber aceptado completamente esa crucial contribución de Baran y Sweezy, me gustaría, en este modesto escrito para el número especial que

* Artículo publicado en *MR*, vol. 64, nº 3, pp. 78-85. Traducción del inglés de Joan Quesada. Samir Amin es director del Fórum Tercer Mundo de Dakar, Senegal. Entre sus obras figuran *El virus liberal* (Ed. Hacer, Barcelona, 2007), *The World We Wish to See* [El mundo que queremos ver] y *The Law of Worldwide Value* [La ley del valor mundial], todas ellas publicadas en inglés por Monthly Review Press. Este artículo fue traducido del francés por Shane Mage para su publicación en *MR*.

Monthly Review dedica a honrar su obra, proponer una «métrica cuantitativa» de ese superávit.

La métrica del superávit

El superávit que aquí nos ocupa es consecuencia del crecimiento de la productividad del trabajo social por encima del precio pagado por la fuerza laboral. Supongamos, por ejemplo, que la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo social es de un 4,5% anual, suficiente para doblar el producto neto en un periodo de unos quince años, equivalente a la vida media que se supone a los equipos capitales. El Departamento I consiste en bienes de inversión equivalentes a las ganancias invertidas, y el Departamento II consiste en bienes salariales equivalentes a los salarios. Para simplificar nuestro argumento, supondremos que, en ambos Departamentos, las composiciones orgánicas y las tasas de crecimiento de la productividad del trabajo son constantes. El hecho de permitir cambios en dichos parámetros nos obligaría a utilizar notación algebraica en el modelo, lo que sería fácil de hacer pero podría dificultar su comprensión por parte de los no matemáticos.

Así pues, supongamos que, a largo plazo, los salarios reales crecieran a una tasa de un 2,5% anual y provocaran un aumento del 40% en un periodo de quince años. Acabariamos obteniendo los cambios en las magnitudes clave del modelo que se representan en la siguiente tabla (valores aproximados):

Tabla 1. Acumulación y Departamento III (superávit)

Año	Ingresos netos	Dept. I	Dept. II	Dept. III
1	100	50	50	0
15	200	70	70	60
30	400	100	100	200
45	800	140	140	520

Después de medio siglo de evolución regular y continua del sistema, el superávit (que define las dimensiones del Departamento III en relación con los ingresos netos, constituidos a su vez por la suma de salarios, ganancias reinvertidas y superávit) representa dos tercios del producto neto (aproximadamente equivalente al PIB).*

* Nota del editor: en este primer ejemplo numérico, Amin supone que los precios son proporcionales a los valores del trabajo, es decir, que la composición orgánica del capital es la misma en toda la economía y que las tasas de explotación (salarios divididos por ganancias) también son constantes. Si los mercados fueran competitivos, según la teoría económica neoclásica, los salarios crecerían en el mismo porcentaje que el aumento de la productividad. En este ejemplo, los salarios aumentarían el 4,5%, el mismo incremento que se supone para la productividad. Sin embargo, Amin propone, igual que Baran y Sweezy (véase el artículo de John Bellamy Foster que abre este número para las razones de esta suposición), que en condiciones de capitalismo monopolista, los salarios crecen menos que la productividad (haciendo abstracción de la lucha de clases, que es susceptible de forzar los salarios al alza). Eso se representa en la última columna del ejemplo. Ese superávit debe absorberse en algún lugar de la economía se desea evitar el estancamiento.

El cambio aquí descrito es aproximadamente lo que tuvo lugar a lo largo del siglo XX en los países de los centros «desarrollados» del capitalismo mundial (la tríada Estados Unidos/Europa/Japón). En realidad, Keynes ya había señalado que el capitalismo maduro sufría una tendencia latente hacia el estancamiento persistente. Sin embargo, no había explicado dicha tendencia, lo que lo habría obligado seriamente a considerar la sustitución del modelo competitivo «clásico» por un capitalismo monopolista. Su explicación, pues, continúa siendo tautológica: el estancamiento era consecuencia de la caída —no explicada— de la eficiencia marginal del capital o de las ganancias esperadas sobre las nuevas inversiones (por debajo, incluso de la preferencia más fuerte por la liquidez). Por el contrario, Baran y Sweezy explicaron a la perfección tanto la tendencia al estancamiento como los medios que se utilizaban para superarla. Desentrañaron los misterios del capitalismo contemporáneo.

Al inicio, es decir, hasta la guerra de 1914, el superávit equivalía en la práctica a meramente los gastos del Estado financiados mediante impuestos de, como mucho, entre un 10% y un 15% del PIB. Se trataba de gastar para preservar los gastos de las instituciones públicas (administración pública, policía, fuerzas armadas), vinculados a la gestión de algunos servicios sociales (educación y sanidad públicas) y a la instalación de algunos elementos infraestructurales (carreteras y puentes, puertos, líneas de ferrocarril).

Un análisis de los componentes correspondientes al concepto de superávit muestra la diversidad de normas que regían su administración. En correspondencia aproximada con los Departamentos I y II de Marx, en las cuentas nacionales figuran los sectores definidos respectivamente como «primario» (producción agrícola y minera) y «secundario» (manufactura), además de una parte de las actividades denominadas «terciarias» que es difícil derivar de las estadísticas, pese a que la definición de su estatus no es en sí misma confusa. Debe considerarse que participan —indirectamente— en la producción de los Departamentos I y II las siguientes actividades: el transporte de equipos, materias primas y productos acabados; el comercio de dichos productos, y el coste de gestionar las instituciones financieras necesarias para dar servicio a ambos Departamentos. Lo que no debe considerarse como elementos constitutivos, directos ni indirectos, de su producción y, en consecuencia, debe contarse como elementos del superávit son: la administración gubernamental, el gasto público y los pagos de transferencia (educación, salud, seguridad social, pensiones y prestaciones a la tercera edad), los servicios (publicidad) correspondientes a los costes de venta y los servicios personales pagados con los ingresos (incluida la vivienda).

El hecho de que los «servicios» que nos ocupan, agrupados en las cuentas nacionales bajo el título de «actividades terciarias» (con la posibilidad de distinguir dentro de ellos un nuevo sector denominado «cuaternario»), sean administrados por entes públicos o privados no determina por sí mismo la pertenencia de dichas actividades al Departamento III («el superávit»). La realidad sigue siendo que el volumen de actividades «terciarias» en los países desarrollados (igual que en muchos países de la periferia, aunque eso es otra cuestión que aquí no nos ocupa) es mucho mayor que el de los sectores primario y secundario. Además, en tales países, la suma de los impuestos y las contribuciones forzosas es igual o superior al 40% del PIB. Los llamamientos de algunos ideólogos de la derecha fundamentalista a «reducir» dicha extracción fiscal son pura demagogia: el capitalismo no puede ya funcionar de otra

forma. En realidad, cualquier posible descenso de los impuestos que pagan los «ricos» debe compensarse necesariamente con un aumento de la tasa impositiva a los «pobres».

Así pues, podemos estimar sin riesgo a equivocarnos por mucho que el «superávit» (Departamento III) supone la mitad del PIB o, en otros términos, que ha crecido del 10% del PIB en el siglo XIX al 50% en la primera década del siglo XXI. Por lo tanto, si en la época de Marx tenía sentido realizar un análisis que se limitase a los Departamentos I y II, eso ya no es posible hoy en día. La aportación al pensamiento marxista realizada por Baran, Sweezy y Magdoff al tomar en consideración el Departamento III (y el concepto asociado de «superávit», bajo la definición que hemos recordado) es, por lo tanto, decisiva. Encuentro deplorable que la mayoría de los analistas del marxismo contemporáneo aún duden de ello.

Una vez más, no «todo» lo que forma parte de ese superávit cabe «condenarlo» por inútil o parasitario. ¡Ni mucho menos! Más bien al contrario, vale la pena apoyar el incremento de una gran parte de los gastos asociados a esa Departamento III. En un estadio más avanzado del desarrollo de la civilización humana, el gasto en actividades como la educación, la salud, la seguridad social y el retiro —o incluso en otros «servicios» de socialización asociados a las alternativas estructurales democráticas opuestas a la estructuración mediante el mercado, como son el transporte y la vivienda públicos— debería cobrar mayor importancia. Sin embargo, algunos de los elementos constitutivos del Departamento III —como los «costes de venta» que tanto se incrementaron a lo largo del siglo XX— son de naturaleza evidentemente parasitaria, y así los consideraron algunos economistas como Joan Robinson, cuya relevancia fue minimizada o despreciada por la profesión. También una parte del gasto público es parasitaria (armamento), así como del gasto privado (guardas de seguridad, departamentos legales). Y una porción del Departamento III, claro está, la conforman gastos que benefician a las clases trabajadoras y complementa sus salarios (seguros de salud y de desempleo, pensiones). De cualquier modo, dichas prestaciones, ganadas por las clases trabajadoras con intensas luchas, se han visto cuestionadas en las últimas tres décadas y algunas de ellas han sido gravemente recortadas, mientras que otras han dejado de ser provistas por entidades públicas según el principio de solidaridad social para ser gestionadas por entes privados, tras concurrir supuestamente en «libre concurso», bajo el principio de los «derechos individuales». Esta técnica de gestión, que es la prevaleciente en los Estados Unidos y se está extendiendo por Europa, inaugura ámbitos adicionales, y muy lucrativos, para la inversión de superávit.

El hecho sigue siendo que, en el capitalismo, todos esos usos del PIB, tanto si resultan «útiles» como si no, cumplen la misma función: permitir que prosiga la acumulación a pesar de la que las rentas del trabajo resultan cada vez más insuficientes. Es más, la batalla permanente para transferir de la gestión pública a la privada muchos de los elementos fundamentales del Departamento III inaugura oportunidades suplementarias para que el capital «obtenga ganancias» (y, por lo tanto, incrementa el volumen de superávit). La asistencia sanitaria privada nos dice que «si hay que tratar a los enfermos, por encima de todo debe ser rentable (para las clínicas privadas, los laboratorios, las farmacéuticas y las aseguradoras)». Mi análisis del papel de Departamento III en la absorción de superávit sigue el espíritu de la obra pionera de Baran y Sweezy. La conclusión necesaria es que una gran parte de las actividades gestionadas en esos términos son parasitarias e inflan el PIB, con lo que reducen

drásticamente la significación de dicho índice como indicador de la riqueza «real» de una sociedad.

En contraposición, tenemos la moda actual de considerar que el rápido desarrollo de dicho Departamento es señal de una transformación del capitalismo, del paso de este de la «era industrial» a un nuevo estadio, la «economía del conocimiento». Así, la búsqueda incesante de realización de capital recobraría la legitimidad. La propia expresión «capitalismo del conocimiento» es un oxímoron. La economía del mañana, la economía socialista, sería de hecho una «economía del conocimiento»; el capitalismo no lo puede ser jamás. Fantasear con la idea de que, por sí mismo, el desarrollo de las fuerzas de producción está creando —dentro del capitalismo— la economía del mañana, como pretenden hacernos creer los escritos de Antonio Negri y sus alumnos, solo es aparentemente válido. En realidad, la realización de capital, basada necesariamente en la opresión del trabajo, supone la aniquilación de cualquier elemento progresista que pudiera haber en dicho desarrollo. Y es esa aniquilación el aspecto central del desarrollo experimentado por el Departamento III, diseñado para absorber el superávit inseparable del capitalismo monopolista.

Por lo tanto, debemos evitar confundir la realidad actual (el capitalismo) con cualquier fantasía sobre el futuro (el socialismo). El socialismo no es una forma más adecuada de capitalismo, que hace lo mismo pero mejor y con una distribución más justa de la renta. El paradigma que lo rige (la socialización de la gestión de la producción directa de valores de uso) comporta exactamente un fuerte desarrollo de algunos gastos que actualmente, en el capitalismo, se dan para realizar su principal función de absorción de superávit.

La magnitud de la renta imperialista

En su marco globalizado, el capitalismo es inseparable de la explotación capitalista de las periferias sometidas por los centros dominantes. Con el capitalismo monopolista, dicha explotación adopta la forma de rentas monopolistas (en palabras llanas, los superbeneficios obtenidos por las compañías multinacionales), que son mayoritariamente rentas imperialistas.

En la propuesta que he realizado para formular los términos de una ley del valor globalizado (véase my obra *The Law of Worldwide Value* [La ley del valor mundial], apunto la enorme importancia de esas rentas.¹ Aquí, me gustaría dar una idea de su magnitud en el capitalismo de monopolios generalizados y vincular sus efectos a los asociados a la absorción de superávit.

La magnitud de la parte cuantificable de la renta imperialista, resultado del diferencial de precios entre fuerzas laborales de igual productividad, es evidentemente grande. Para transmitir aquí el orden de dicha magnitud, supondremos que el Producto Bruto mundial se divide en dos tercios para los centros (20% de la población mundial) y un tercio para las periferias (80% de la población). Supondremos una tasa anual de crecimiento del Producto Bruto del 4,5% tanto para los centros como para las periferias, y una tasa de incrementos salariales del 3,5% para los centros y de total estancamiento (crecimiento cero) para los salarios de la periferia. Tras quince años de desarrollo según este modelo, se alcanzarían los resultados que se resumen en la siguiente tabla:

Tabla 2. Superávit (Departamento III) y renta imperialista

	Centro	Periferias	Mundo
Año 1			
Producto Bruto	66	33	100
Salarios	33	17	50
Ganancias	33	16	50
Año 15			
Producto Bruto	132	68	200
Salarios	56	17	73
Ganancias	56	17	73
Departamento III	20	–	20
Renta imperialista	–	34	34

Por supuesto, el volumen de esta renta imperialista, que parece ser del orden de la mitad del PIB de las periferias, o del 17% del Producto Bruto mundial y el 25% de los PIB de los centros, queda parcialmente oculto por los valores de las divisas. Es esta una realidad bien conocida que introduce incertidumbre en las comparaciones internacionales: ¿Deben realizarse las comparaciones de valores del PIB según el precio de mercado de las divisas o según tasas de intercambio basadas en la paridad de poder adquisitivo? Además, esa renta no se transfiere al centro en forma de beneficio neto. Que las clases dirigentes locales retengan parte de ella es condición para su connivencia a la hora de «jugar al juego de la globalización». Aun así, la realidad continúa siendo que los beneficios materiales que se extraen de esa renta, que no solo se suman a las ganancias del capital que gobierna en la escala global, sino también a las ganancias de las opulentas sociedades de los centros, son más que considerables.*

Además de las ventajas cuantificables asociadas a los diferenciales de precio de las fuerzas de trabajo, existen otras no cuantificables pero no menos cruciales, basadas en el acceso exclusivo a los recursos materiales del planeta, en los monopolios tecnológicos y en el control del sistema financiero globalizado.

La parte de renta imperialista que se transfiere de las periferias a los centros agudiza a su vez el desequilibrio global que apuntaba Baran y supone un factor adicional en el enorme aumento del superávit que es preciso absorber. El contraste que se observa en la presente fase de la crisis entre el débil crecimiento de los centros (Estados Unidos, Europa, Japón) y el rápido crecimiento de los países en desarrollo de la periferia debe

* Nota del editor: En el segundo ejemplo numérico, Amin extiende el análisis del superávit a la economía global. Aquí, el capital monopolista se mueve por todo el planeta y utiliza su poder económico y político para pagar a los trabajadores de la periferia del capitalismo global un salario considerablemente inferior al del centro pro medio de las compañías multinacionales. Después, hay que absorber las superganancias (basadas en la sobreexplotación del trabajo asalariado), lo que hace que la tendencia al estancamiento analizada por Baran y Sweezy sea potencialmente más difícil de superar.

entenderse solo en términos de un análisis global que ponga en relación el análisis de la forma de absorción del superávit con el análisis de la extracción de renta imperialista.

Nota

1. Samir Amin, *The Law of Worldwide Value*, Monthly Review Press, Nueva York, 2010.